



BIENESTAR

MUNICIPAL

MADRID

PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

NUM. 47.

QUE CONTIENE LOS ULTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARIS. PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERIAS EN COLORES, NOVELAS. — CRÓNICAS. — BELLAS ARTES. — MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6. 14. 22 Y 30 DE CADA MES.

Sumario.—Peinados para niña de ocho á diez años.—Cofrecito para pañuelos.—Dos cuellos de guipur.—Bolsa al crochet y al punto de zurcido.—Servilleta de alambre y cuentas de cristal.—Bolsa de labor con bordados.—Tres gorros para señora mayor.—Paletó-manteleta, hecho en telar.—Grabado de modas.—Geroglífico.

Explicación de algunos grabados.—Cartas madrileñas, por el marqués de Valle-Alegre.—Poesías: A la Virgen, poesía, por don Antonio de San Martín.—Palideces, por don José María de Jaureguizar.—El martirio de una madre, novela de Enrique Conscience, traducida al castellano por la vizcondesa de Castelfido.—Correspondencia, por la baronesa de Wilson.—A advertencia.

PEINADOS PARA NIÑAS DE OCHO Á DIEZ AÑOS.

Peinados para niñas de ocho á diez años.

N.º 1. Para hacer este peinado debe tener el cabello un largo regular. Se le abre en medio por delante en una raya, y se hacina luego hacia atrás separándolo todo lo posible de la frente. Despues se reúne todo el cabello á 3 centímetros de su estremidad inferior con una cinta negra; se remeten hacia adentro los cabellos por la parte de abajo y se pasa la cinta que los reúne hasta el medio de la cabeza, donde se fija. Se alisa el cabello por su parte exterior y se le cubre con una redecilla fina. Una cinta de terciopelo negro, con un lazo



N.º 4.



N.º 2.

á otra oreja. Se peina luego la parte de detrás hacia abajo, dejándola suelta, y las dos mitades de delante se peinan para arriba, formando en medio de la cabeza dos ramales. Los dos ramales se cruzan en la coronilla y se atan con una cinta de tafetan, peinándolos despues hacia abajo y dejándolos sueltos. La cruz de los dos ramales se cubre con un lazo hecho asimismo de cinta de tafetan.

N.º 6. El cabello de delante va separado en dos partes por en medio; en cada una de estas partes iguales se forma una trenza de tres ramales; se peina luego el cabello de detrás hacia abajo. Las dos trenzas se juntan en medio por detrás, y en el punto de union se pone un lazo de cinta de tafetan.

Cofrecito para pañuelos.

Este cofrecito, representado por cuatro dibujos en sus diferentes detalles, es de carton y va forrado por la parte de adentro con acolchado de algodón perfumado y con tafetan blanco pespunteado á cuadros sobre el algodón. Por la parte exterior se reviste el cofrecito de raso color de cobre. Para hacer el cofrecito se toma una caja de carton cuadrada, de 19 centímetros de larga y 5 de alta. La tapadera debe tener asimismo 5 centímetros de alta. Caja y tapadera se forran por la parte interior con tafetan blanco, guarnecido, segun hemos dicho ya, con acolchado de algodón perfumado. El fondo del cofrecito se cubre de percalina blanca. Lo demás va cubierto de raso color de cobre. En el contorno exterior de la tapadera se pone una cinta de raso plegada, de 5 ½ centímetros de ancha, como lo indica el di-



N.º 3.



N.º 5.

de lo mismo, rodea la redecilla y sujeta el peinado.

N.ºs 2 y 3. Para este peinado se separa el cabello de delante y el de detrás en medio de la cabeza, por encima, de manera que la raya llegue de una á otra oreja. El cabello de delante va peinado hacia atrás hasta la raya, y en este punto se forma una trenza de tres ramales. Esta trenza lleva en su estremidad un lazo de cinta de tafetan negro. El cabello de detrás va suelto y peinado liso.

N.ºs 4 y 5. Para hacer este peinado, se separa en medio el cabello de delante, y éste y el de detrás en una línea que llegue de una



N.º 1.

bujo que representa el cofrecito, y un encaje de guipur de 2 centímetros de ancho. La parte superior de la tapadera va adornada con un velo de tul bordado que lleva á su alrededor un encaje de guipur de un centímetro y medio de ancho. Tres dibujos especiales representan de tamaño natural el centro del velo bordado y dos de sus esquinas. Del medio del velo sale un asa revestida de cordoncillo de seda color de cobre, y al pié se pone un lazo de cinta del mismo color.

Dos cuellos de guipur. Van bordados con hilo fino al punto de

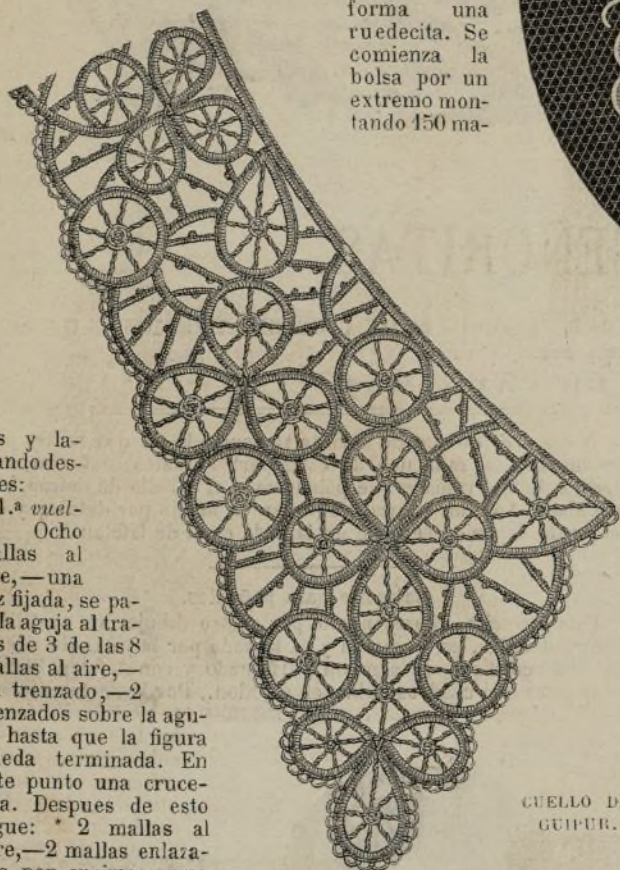


N.º 6.

lengüeta, y se les corta por las figuras 53 y 54 de la hoja de patrones que acompaña al presente número.

Bolsa al crochet y al punto de zurcido cruzado.

Esta bolsa va labrada al crochet con seda de color castaño; los picos se hacen formando crucecitas. Estas crucecitas, como lo indica un dibujo especial, se labran con seda de color castaño, al punto de zurcido, y se bordan entre las cruces estrellas pequeñas. En medio de cada estrella se forma una ruedecita. Se comienza la bolsa por un extremo montando 150 ma-



llas y labrandodes-pues:

1.^a vuelta. Ocho mallas al aire, — una vez fijada, se pasa la aguja al través de 3 de las 8 mallas al aire, — un trenzado, — 2 trenzados sobre la aguja, hasta que la figura queda terminada. En este punto una crucecita. Después de esto sigue: * 2 mallas al aire, — 2 mallas enlazadas por encima, — una crucecita. Desde * se repiten á ciertas distancias las mallas anteriores. En el extremo de la vuelta se labran últimamente 2 mallas al aire, se enlazan 6 de las 8 mallas al aire y una crucecita con una malla simple, y se labran 3 mallas simples sobre las 3 mallas siguientes, empezando la vuelta siguiente con una crucecita.

Se labran 18 vueltas del mismo modo, y luego otras 48 vueltas, dejando una abertura en medio de la bolsa.

Se hacen luego los picos de la bolsa, según se indica en el dibujo especial que acompaña al grabado de la bolsa, al punto de zurcido cruzado y crochet, con mallas apretadas. Últimamente se labran en los lados trasversales los flecos indicados en el dibujo. Para hacer este fleco se preparan, para cada ramal, 18 borlitas, que se ensartan en la hebra en que se labra y se fijan después al lado trasversal de la bolsa. Dos abrazaderas cubiertas con torzal de seda color castaño, sirven para cerrar y abrir la bolsa.



CENTRO DEL VELO DE TUL BORDADO DEL COFRECITO PARA PAÑUELOS.

Servilleta de alambre y cuentas de cristal.

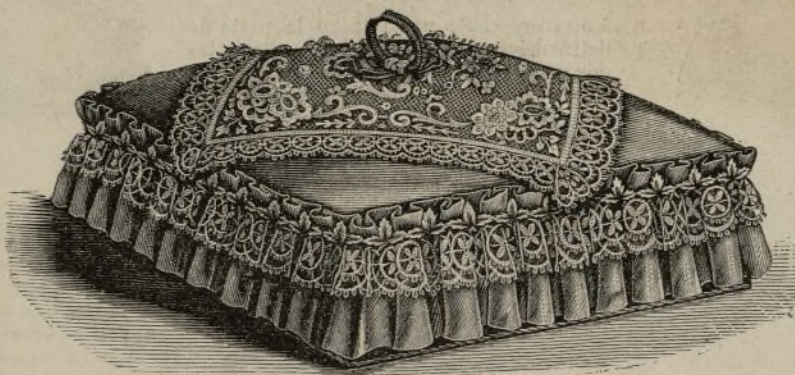
Se compone esta servilleta de círculos ó aros de alambre blancos, los cuales van guarnecidos de cuentas de cristal ensartadas en alambres finos, de la manera que indica el dibujo especial. La servilleta se compone de 8 círculos, unidos entre sí con hilo blanco. Cada uno de estos círculos forma en medio una roseta, circundada de cuentas de cristal. Los ocho círculos enlazados deben medir un largo de 78 centímetros.

Bolsa de labor con bordados.

CUELLO DE GUIPUR.

Se hace esta bolsa de cartón y se la forra por dentro de lustrina gris, y por fuera se la reviste con cenefas bordadas y tiras de terciopelo negro. Prepárase de cartón un pedazo de 36 centímetros de largo por 27 de ancho y se forra uno de sus lados de lustrina

gris. Para las tiras bordadas, que van indicadas en el dibujo de la bolsa, se emplea una cinta de tafetan gris de 6 centímetros de anchura y 27 de larga, que se borda al punto llano con seda de varios colores. Dos dibujos especiales representan el bordado de esta cenefa de tamaño natural. Después de hecho el bordado se forran las tiras de tafetan con gasa rígida. La tira de terciopelo, que va en medio de la bolsa, tiene 7 centímetros de anchura. Las de los lados tienen 10 centímetros de ancho cada una y van segadas y plegadas, formando las estremidades de la bolsa.



COFRECITO PARA PAÑUELOS.

Las tiras de terciopelo, así como las tiras ó cenefas de tafetan bordado, se colocan sobre el cartón siguiendo las indicaciones del dibujo. Las pegaduras de estas tiras van cubiertas de cordones de seda. Para la bolsa propiamente dicha, se corta un pedazo por cada lado que tiene 28 centímetros de alto y es de lustrina gris. En el borde superior de la bolsa se hace una jareta, que sirve para cerrarla. Para hacer las asas se toman dos cintas de tafetan bordado de 3 centímetros de anchura, dándole un largo de 30 centímetros; estas asas van encartonadas y forradas de lustrina. En el contorno

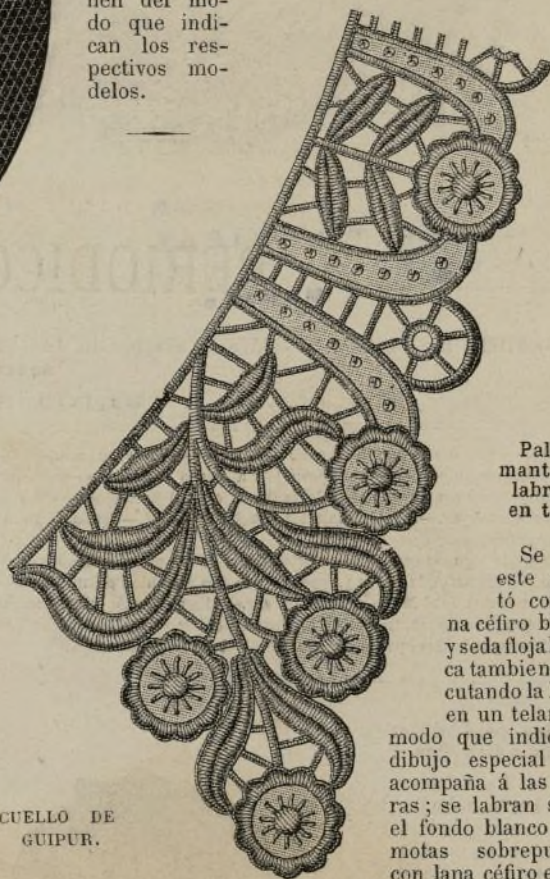


ESQUINA DEL VELO DE TUL BORDADO DE LA CAJA PARA PAÑUELOS.

de la bolsa se pone un rizado hecho con cinta de tafetan gris.

Tres gorros para señora mayor.

Se cortan estos tres gorros tomando por modelo el gorro de crespon negro para señora mayor, cuyo dibujo publicamos en el número anterior de LA MODA (véase la fig. 50, hoja de patrones que acompaña al presente número). El gorro señalado con el núm. 1, puede servir para casa y para reuniones de confianza; el núm. 2 es un gorro para sociedad; el núm. 3 representa un gorro de mañana, y todos tres se adornan y disponen del modo que indican los respectivos modelos.



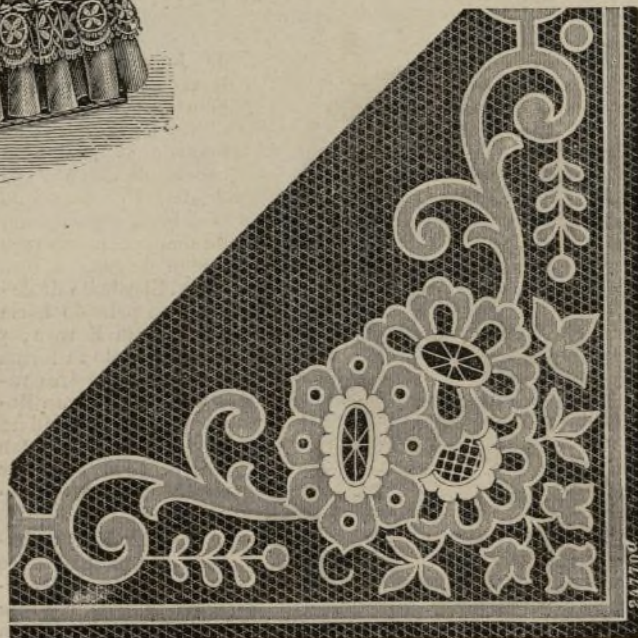
Paletó manteleta labrado en telar.

Se hace este paletó con lana céfiro blanca y seda floja blanca también, ejecutando la labor en un telar, del

modo que indica el dibujo especial que acompaña á las figuras; se labran sobre el fondo blanco unas motas sobrepuestas con lana céfiro encarnada. En el contorno exterior del paletó se fija una cenefa hecha igualmente con lana encarnada. En el borde inferior del paletó se pone un fleco labrado en forma de borlillas con lana céfiro blanca.

Explicacion del grabado de modas.

N.º 1. Traje de doble falda y cuerpo alto con aldeta, de lana gris. La falda de debajo va adornada con un volante cortado al sesgo, de 34 centímetros de ancho, cuya pegadura se halla cubierta con un rizado estrecho de la misma tela. La falda de encima, que va recogida por detrás, lleva en su borde inferior unas cintas de terciopelo negro de centímetro y medio de ancho, dispuestas como se indica en el grabado. Las vueltas ó solapas del corpiño, las vueltas de las mangas y las de la aldeta son de terciopelo negro.



ESQUINA DE APLICACION SOBRE TUL PARA LA CAJA DE PAÑUELOS.

N.º 2. *Traje para niño de dos á cuatro años.* El vestido es de lana á cuadros escoceses cortado al sesgo y plegado á tablas. Chaquetilla de paño negro; blusa de batista blanca.

N.º 3. *Vestido de tafetan de color de lila.* Este vestido va adornado en su borde inferior con un volante encañado, que se pega formando una cabeza de 2 centímetros; se tapa la costura del volante con un biés estrecho de la misma tela del vestido. La solapa va cubierta de tafetan gris más oscuro que el vestido.

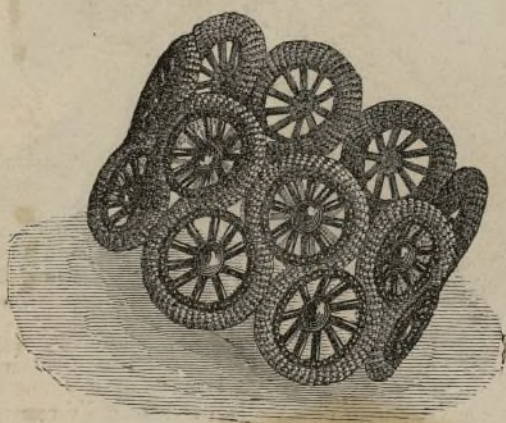
N.º 4. *Vestido de doble falda y cuerpo alto con aldetas de seda cruda.* La falda de debajo va guarnecida de tres volantes con cabeza y un rulo de la misma tela del vestido. La falda de encima ó túnica, así como el corpiño y la aldetas, llevan en su contorno exterior un biés de 3 centímetros de ancho, dos rulos y dos rizados, todo de la misma tela; se adorna además la túnica, la aldetas y el corpiño con un fleco de seda.

N.º 5. *Traje para niña de seis á ocho años.* La falda de debajo y la blusa ó camiseta son de alpaca listada blanca y negra. La túnica y el corselillo son de alpaca blanca. Adornos, cinturón y lazo de terciopelo negro.

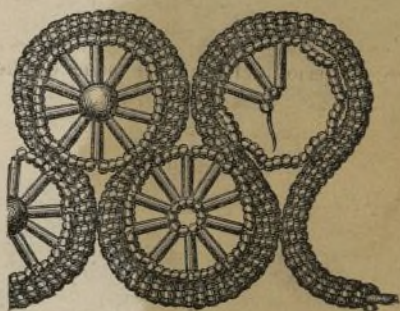
CARTAS MADRILEÑAS.

Madrid 19 de Diciembre de 1870.

Muchas veces me he preguntado á mi mismo qué relación misteriosa puede existir entre el frío y las pasiones



SERVILLETA DE ALAMBRE Y CUENTAS DE CRISTAL.



EJECUCION DE LOS CÍRCULOS DE LA SERVILLETA DE ALAMBRE Y CUENTAS (tamaño natural).

tumultuosas que conmueven y agitan á la sociedad humana.

Llega el mes de Junio, y al mismo tiempo que comienzan los calores, y que la gente se dispersa por mil partes distintas, principia un periodo de calma y de tranquilidad durante el cual nada ocurre que de contar sea.

Pero viene Octubre, y con el regreso de los tráfugas del verano, se inaugura la época de los sucesos extraordinarios, de las peripecias inesperadas, de las catástrofes espantosas.



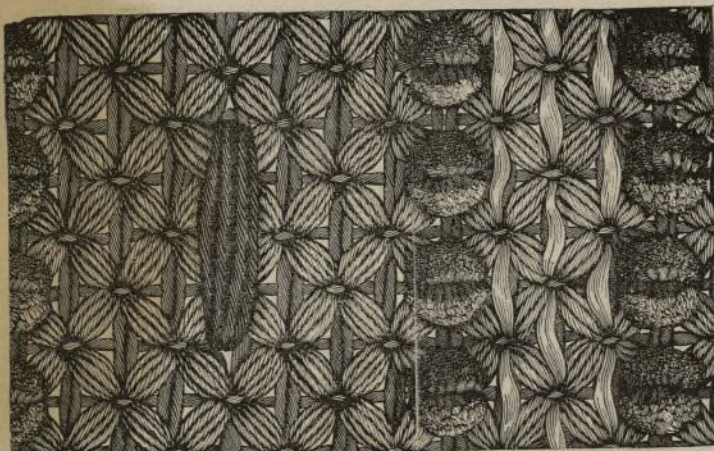
BOLSA AL CROCHET Y AL PUNTO DE ZURCIDO CRUZADO.

El invierno actual será memorable por la abundancia y la magnitud de los hechos que habrá visto consumarse.

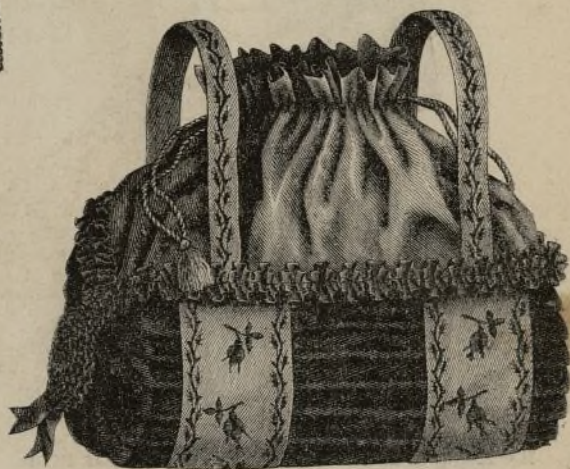
En primer lugar, tendremos monarca, Dios mediante, y con corta diferencia, hacia los mismos dias en que otros años entran en Madrid los magos, aparecerá entre nosotros S. M. Amadeo I. rey—no sé si de España ó de los españoles,—pues segun parece esto no se halla decidido todavía.

Luégo, cual consecuencia inmediata, si no natural y precisa de lo anterior, dejaremos de tener grandeza de España, como cuerpo, ó como clase.

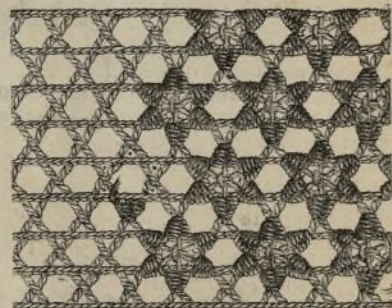
Esta, reunida en junta el lunes 12 del corriente, ha resuelto no volver á constituir su diputación permanente



DIBUJO QUE INDICA LA LABOR DEL PALETÓ-MANTELETA.



BOLSA DE LABOR CON BORDADOS.



DETALLE DE LAS CRUCECITAS Y ESTRELLAS DE LA BOLSA AL CROCHET Y PUNTO DE ZURCIDO.

de la grandeza, figure en la corte del duque de Aosta.

Otro dato hay para suponerlo, y es que la bella y elegante dama no visitó á la reina Isabel cuando estuvo en París el año anterior.

Acaso me dirá usted, señor director, que mi carta se asemeja más á un artículo de fondo que á una revista del gran mundo.

Pero no es mia la culpa, sino de la política, que todo lo invade, y que lo mismo domina en el palacio de las Cortes que en los salones de la alta sociedad.

presidida por el monarca, que ántes la representaba ó la simbolizaba.

Así pues, habrá grandes, pero no grandeza, á no ser que Amadeo I. por un golpe de autoridad—si se lo permiten sus soberanos los diputados constituyentes—forme su corte con una nueva grandeza, compuesta de los héroes de la revolucion.

Y suenan nombres infinitos para el caso de que tal suceda; y no me extrañará ver convertido á Ruiz Zorrilla en duque, á Martos en marqués, y á Rivero en príncipe...



DOS CENEFAS BORDADAS PARA LA BOLSA DE LABOR.

Y si no, dígame usted: ¿Quién se bate ahora por los ojos de la señora de sus pensamientos? Aunque á decir verdad, esta es para la generalidad la que les proporciona honores, consideracion y riqueza.

¡Ay! ¡Qué distantes estamos de aquel brillante período histórico de las justas y de los torneos, en que los paladines llevaban en su escudo el bellissimo lema: *¡Por mi rey y por mi dama!*

¡Qué léjos nos hallamos de los tiempos en que dos valerosos campeones luchaban en campo cerrado, hasta quedar uno sin vida en la arena, por obtener los favores de una virtuosa doncella!

GORROS PARA SEÑORA MAYOR.

nó la España hace algunos años por la América española, y allí realizó una inmensa fortuna.

Tal vez no sepa usted que él fué el inventor del famoso extracto de carne Liebig, que tan útiles servicios presta á los viajeros y que ha modificado profundamente la alimentación general.

Bushental, dotado de una imaginacion viva y fecunda, acometió en Montevideo, en sociedad con otras personas, la empresa colosal que ha producido tan grandes resultados, y que le hizo inmensamente rico en poco tiempo. Para comprenderlo, basta considerar el consumo que se hace, no sólo en Europa, sino en todo el mundo, del ex-



N.º 2.—GORRO DE SOCIEDAD, DE TUL Y ENCAJE NEGRO.



N.º 1.—GORRO DE TUL NEGRO MOSQUEADO Y CINTAS DE TERGIOPELO NEGRO.



N.º 3.—GORRO DE MAÑANA DE MUSELINA Y ENCAJE.

En la multitud de desafíos, intentados ó realizados recientemente, ¿ha intervenido por ventura alguna mujer?—El famoso dicho de Carlos III ha dejado, pues, de ser exacto.

No: todos han sido por las cuestiones candentes y envenenadas que se ventilan en la esfera de la política; todos por causas y motivos en que no figuraban para nada la galantería ni el amor.

Y ¡qué altos y graves individuos han tomado parte en tales lances!—Hasta un ministro, recientemente descendido de las alturas del poder, ha estado á punto de andar á linternazos con un grande de España, por ofensas inferidas á su familia en un discurso parlamentario!—Por el momento parece aplacada la fiebre, y hoy no se habla de ningún nuevo combate.

De ese modo pasaremos felices y tranquilas las Pascuas, que se anuncian bajo los mejores auspicios.

Ya han principiado las invitaciones para las cenas de Noche-Buena, que serán tan numerosas en las casas aristocráticas como en las humildes mansiones del artesano.

Hasta ahora parece que las darán los duques de Bailén, los marqueses de Bedmar, los condes de Heredia-Spínola, la señora de Riquelme y otras personas que no recuerdo.

Faltará, empero, aquella con que todos los años obsequiaba á sus amigos madame Bushental, la cual acaba de perder á su marido en Londres.

Mr. Bushental, muy conocido y estimado en Madrid, donde habia residido la mayor parte de su vida, abando-



PALETÓ-MANTELETA LABRADO EN TELAR (delantero).



PALETÓ-MANTELETA LABRADO EN TELAR (espalda).



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12 pral

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

tracto de carne; y no añadiré más, porque la malicia no vea en mis palabras un interesado reclamo.

Madame Bushental ha heredado, pues, la considerable fortuna de su marido, que invertirá en el país de su adopción, España, donde vive desde su primera juventud y es tan apreciada.

También ha muerto recientemente la señora doña Elena de Villavicencio, hija del célebre general de marina que

desempeñó algún tiempo, durante la guerra de la Independencia, el alto puesto de Regente del Reino.

La casa de la señora de Villavicencio era hace cuarenta años lo que ha sido hasta ahora la de la condesa del Montijo: el centro más animado y brillante de la capital; el punto de reunión de la alta sociedad, donde cada semana se verificaban magníficos saraos y variadas fiestas.

La ilustre dama, que no quiso nunca casarse por un

motivo que la honra mucho, invirtió su cuantioso patrimonio en divertir, en agasajar á sus contemporáneos.

Espléndida, generosa, desinteresada, vivió al día, sin pensar nunca en el siguiente, sin ocurrírsele que podía acabarse el oro que derramaba á manos llenas y sin contar.

Todo se agota en la tierra, hasta las minas. más ricas y abundantes.

GRABADO DE MODAS.



N.º 1.—VESTIDO DE DOBLE FALDA N.º 2.—TRAJE PARA NIÑO DE DOS Y CUERPO ALTO DE LANA GRIS. N.º 3.—VESTIDO DE TAFETAN DE COLOR DE LILA. N.º 4.—VESTIDO DE DOBLE FALDA Y CUERPO ALTO, DE SEDA CRUDA. N.º 5.—TRAJE PARA NIÑA DE SEIS Á OCHO AÑOS.

Cierta mañana presentóse su administrador á la señora de Villavicencio, y la expuso la situación de sus asuntos, que era poco menos que desesperada.

Los bailes, los banquetes, los conciertos, las giras campestres habían concluido en diez ó doce años con todo: no le quedaba, pues, á la hija del ilustre general más que la pensión de orfandad que la satisfacía el Estado.

¡Imagínese el asombro, la desolación de la que había vivido hasta entonces en medio de la más deslumbradora

opulencia! Pero su corazón enérgico y varonil no se asustó del porvenir que se le presentaba: vendió desde luego sus joyas, sus carruajes, sus muebles; abandonó después la suntuosa casa donde residía, y que no se llamaba palacio porque entonces no se daba este nombre sino al de los reyes, y fué á encerrarse en una modestísima vivienda, en una calle retirada, con una sola criada por todo servicio.

¿Necesito decir que la turba multa de los parásitos y de los aduladores la abandonaron desde que supieron su

ruina? ¿Debo añadir que cuando la encontraban en cualquier sitio público aparentaban no conocerla ó ser cortos de vista?

¿Para qué? ¿No es esa la historia de todos los infortunios y de todas las adversidades? ¿No es eternamente igual la indole de la naturaleza humana?

Quedáronle á la señora de Villavicencio dos, tres ó cuatro, ¡feliz ella si llegaron á seis amigos! que la fueron fieles en la pobreza, como lo habían sido en la prosperi-

dad. ¡Ellos han endulzado y suavizado las asperezas de su triste vida; ellos la han acompañado, la han consolado, la han fortalecido; ellos, en fin, la han acompañado en una fría y desabrida tarde de invierno al lugar del eterno reposo!

Pero olvidaba expresarlo: ni uno sólo de esos cortesanos de la desgracia, según los llama un conocido cronista, la debía ninguno de los favores que imponen á las almas generosas y elevadas deberes imprescindibles.—No; los que se hallaban en semejante caso, fueron los primeros en huir como de un leproso del lado de la pobre mujer arruinada.

Me he entretenido más de lo que pensaba en la narración de esta lamentable historia, que tanto se presta á consideraciones filosóficas, y todavía me queda mucho que referir; entre otras cosas, la grosera broma de que ha sido objeto una persona muy conocida, tanto en los círculos literarios, como en el gran mundo.

Hace pocos días circularon por Madrid unas cuantas docenas de tarjetas grabadas con su nombre, en las cuales se invitaba para una reunión musical que debía verificarse á la noche siguiente, añadiendo que se explicaría al propio tiempo la composición del célebre *Bálsamo del amor*.

¡Imagínese lo que esto último excitara la curiosidad de los convidados!—Algunos de ellos, del sexo femenino, quisieron satisfacerla sin tardanza, y se dirigieron con tal objeto al señor X..., quien así tuvo noticia de la mal ideada farsa, y logró impedir que se llevase á cabo. Sin embargo, algunas señoras que no pudieron ser avisadas, porque se ignoraba el número de las víctimas de tan culpable superchería, acudieron á casa del señor X..., y allí supieron que habían sido chasqueadas.

No es la primera vez que ocurren en Madrid sucesos parecidos, y recuerdo que há seis ó siete años se empleó igual procedimiento con los condes de Heredia-Spínola, quienes advertidos oportunamente, improvisaron una preciosa fiesta, á la cual quizás asistió el mismo autor de la jargarreta.

Ahora aquellas ilustres personas convocan ellas mismas cada viernes á la sociedad madrileña y la obsequian con deliciosos bailes de confianza, de los que son el principal encanto sus dos lindísimas hijas, quienes hacen los honores con la misma amabilidad y galantería que sus padres.

El viernes parece ser este año el día predilecto para las reuniones, porque también lo han elegido para las suyas los señores de Sancho y los de Sedano.

A eso, y á los jueves de los marqueses de Morante, está reducido todo hasta el presente; pues los lunes del ministro de Inglaterra, y los miércoles de los marqueses de Bedmar, se reducen hasta ahora á agradable conversacion y á tomar té.—Para las gentes de edad es bastante; para los jóvenes es muy poco.

En cambio el 28—fiesta de los Santos Inocentes—habrá un gran baile en la casa donde todavía se halla el *Veloz-Club*.—Y digo todavía, porque el 1.º de Enero se traslada el aristocrático casino de los *moutards* madrileños á la de Pino-Hermoso, calle de Alcalá.

El *Veloz-Club* se despide de su primitivo local del propio modo que lo inauguró: con una fiesta á favor de los establecimientos de Beneficencia, que estará concurridísima, porque la condesa del Montijo, la de Fuenrubia y otras varias damas igualmente distinguidas son las encargadas de distribuir los billetes, cuyo precio de cuatro duros me parece excesivo en los tiempos actuales. Sin embargo, el objeto es tan digno y tan meritorio, que hasta los más avaros se resignarán á abrir su bolsillo para socorrer el infortunio y pasar una noche deliciosa.

Los teatros aristocráticos se disponen á principiar sus funciones: ya ha dado el ejemplo la señora de Carvajal, con una representación que tuvo efecto el 6 del corriente; pronto lo seguirán los condes de Vilches, para cuyo lindo escenario traduce el marqués de Molins un proverbio de Octavio Feuillet, titulado *L'urne*; por último, también la elegante señora de Riquelme prepara en *petit comité* otra función del mismo género.

No dirá usted que no le doy noticias de todas clases, políticas, literarias y chismográficas. Pues aún me falta otra para acabar:—la del enlace del más joven de nuestros duques, el de Granada, con la hija menor de los condes de Zaldívar.

Se ha fijado el mes de Mayo para el matrimonio, y este irá á habitar el palacio de Villa-hermosa, que es el de la familia del ilustre novio.

Algun casamiento más podría anunciar á usted; pero la carta es muy larga, y lo deja para la siguiente su afectísimo amigo,

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

Á LA VIRGEN.

POESÍA DEDICADA Á LAS DAMAS CATÓLICAS, SUSCRITORAS DE LA MODA.

I.

¡Ay! ¡quién tuviera el arrullo
de la brisa en las florestas;
quién las dulces armonías
del arpa de los profetas,
ó el quejumbroso suspiro
de los céfiros que vuelan,
arrebataando en sus alas
blando perfume á la selva!
¡Ay! ¡quién de los anchos mares
las armonías tuviera,
cuando sus olas en calma
trae á morir á la arena;

cuando una queja amorosa
las verdes aguas remedan;
cuando no las tempestades
su furia desencadenan!

¡Quién de vibrante campana
la lenta voz plañidera,
cuando va muriendo el día
y en son de oraciones suena;
son melancólico y santo
que al alma creyente llega!

¡Quién, Virgen del alma mía,
dulces cantares tuviera,
de tanta hermosura dignos,
dignos de tanta grandeza:
pobre trovador, mi arpa
no tiene armoniosas cuerdas!...

II.

Mas si no tengo númen
que impulse mis cantares;
si notas yo no tengo
de sacra inspiración,
conservo las creencias
de mi niñez pasada,
que son para el cristiano
consuelo en el dolor.

En todos los azares
de mi penosa vida,
tu mano, amada Virgen,
mi guía santa fué;
y al implorar humilde
tu auxilio poderoso,
gusté con tus bondades
de tan celeste bien.

¡Ay! ¡cuántas veces, cuántas
en lágrimas bañado
el mundo ni un consuelo
para mis males dió;
y entonces, Virgen mía,
la luz de la esperanza,
al implorarte humilde,
brotó en mi corazón!

Algunas veces, Virgen
y Reina y tierna Madre,
en brazos del pecado
de ti me desvié;
algunas veces pude,
tras torpes desengaños,
abandonar impuro
la senda del deber.

Pero más tarde ¡oh! Virgen
al pié de tus altares
postréme arrepentido
y en busca del perdón,
y siempre bondadosa
tus dones derramastes
sobre tu humilde siervo,
por mi rogando á Dios.

¡Oh! ¡gracias, Virgen pura!
Tu manto soberano
de claros resplandores
extiende sobre mí,
que yo seré tu siervo,
tu hijo agradecido,
y tu sagrado nombre
pronunciaré al morir.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

EL MARTIRIO DE UNA MADRE.

NOVELA DE

ENRIQUE CONSCIENCE,

TRADUCIDA POR

LA VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

Un grito agudo salió del seno de la viuda; se echó al cuello de la joven y la estrechó fuertemente contra su corazón, abazándola y besándola de nuevo con agitación tan febril, que la joven, gozosa pero estupefacta, miraba á aquella mujer singular, cuyos ojos estaban oscurecidos por un torrente de lágrimas.

Aunque conmovida hasta el fondo de su corazón, la viuda guardaba silencio. Comprendiendo que su secreto iba á escapársele, no se atrevía á responder á los cariñosos consuelos de la joven ni á sus preguntas persistentes.

Por fin, logrando vencer su emoción, dijo:

—No, mi querida niña, no es eso. Deseas que yo sea tu madre, ¿y no comprendes cuánto debe regocijarme esa prueba de cariño, á mi que te quiero como á la luz de mis ojos? ¡Ah! déjame que te bese otra vez y otras ciento. Sí, sí, yo daría mi sangre, toda mi sangre, por verte dichosa... ¡Chit! ¡No oyes pasos?

Y corrió á la puerta, escuchó unos instantes y volvió al lado de la joven.

—Es el criado que abre la puerta de la cuadra. Ni la

condesa ni Matys nos interrumpirán por ahora. Si pudiese, yo me estaría aquí una eternidad, sintiendo palpar tu corazón contra mi pecho.

—¡Y yo! dijo la joven dando un suspiro; yo quisiera vivir siempre con usted, para poder morir en sus brazos.

—¡Qué extraños son tus sueños, hija mía!

—No es culpa mía, querida Marta. Los sueños vienen sin saber cómo.

—Y si fueses dueña de tus pensamientos nocturnos, supongo que no soñarías de ese modo.

—¡Ah! sí... ¡es tan hermoso y tan grato!

—En efecto, Elena. ¿No es verdad que el beso de una madre es como rayo divino que baja del cielo y desciende hasta el fondo del alma?

—Pero usted no sabe todavía lo más extraordinario de mi sueño, murmuró la joven con voz tímida. Si yo se lo dijese, creería usted, en verdad, que estoy loca. No me lo pregunte usted, por Dios. No, no; yo no puedo decirselo.

—¿Con que tienes secretos para mí, Elena? Eso me afligiría profundamente.

—¿Afligirla? Pues bien, oiga usted: el ángel que ahuyentó á la muerte de mi cuna tenía alas, como todos los ángeles, y su rostro resplandecía con una luz celestial; y sin embargo, yo lo conocía; y así como mi madre poseía las mismas facciones de usted, en el rostro del ángel hallaba yo los ojos y la sonrisa de una persona que he visto más de una vez. Es por lo tanto muy natural que su imagen de usted y la suya aparezcan juntas en mis sueños dándose la mano; usted y él son las dos únicas personas que me aman en el mundo. Si mi imaginación extraviada los representa á los dos bajo la forma de ángeles, es porque el Dios de misericordia los ha enviado para traer á la pobre loca, que iba á morir, el consuelo y la vida. ¿Sabeis á quién se parecía el ángel? Pero no sé si debo decir su nombre.

—Comprendo que vaciles, Elena, respondió el aya con un átomo de descontento. No digas ese nombre; yo lo sé. Es Federico Bergmans, ¿no es así?

—Sí, Federico, el bueno, el noble joven, que sacrificaría como usted su vida entera por mi felicidad... Pero me parece que está usted triste, Marta. ¿He dicho algo que la haya afligido? ¿Es quizás una falta el querer á los que nos quieren?

—No, hija mía, respondió la viuda con acento severo. Pero una joven sin experiencia del mundo no debe pensar así de un hombre, sin haber consultado á su madre. Tus palabras me inquietan. Tú no puedes saber si Federico siente lo que dice, si es sincero, si no finge por tí un afecto que no existe en su corazón.

La joven inclinó la cabeza, como afligida, y repitió murmurando:

—¡Federico! ¿un fingido afecto?... ¡falta de sinceridad! ¿eh?... ¿consultar con mi madre?

—Con tu madre ó con otra persona que pudiera aconsejarte y defenderte en caso de necesidad contra la astucia y el engaño.

—¿Engañarme él? repitió Elena. No, no lo tema usted... Y despues de todo, ¿no está usted aquí? Yo la consultaré como si fuese mi madre. Usted le querrá también, estoy segura de ello, y un mismo lazo de amor reunirá nuestras tres almas.

Hallábase Marta como agitada por un sentimiento de secreta repulsión; aquel extraño, aquel desconocido que venía continuamente á colocarse entre ella y su hija, disgustábase por instinto. Hubiese querido poseer ella sola el amor de su hija, y ahora temía que Federico Bergmans llegase á ocupar en el corazón de Elena un puesto preferente. Despues de haber luchado algun tiempo contra los celos maternales, se reconvinó por este sentimiento egoísta y acabó por triunfar de él casi enteramente. Sin embargo, preguntó con un resto de inquietud:

—¿Y si yo te dijese que no pensaras en ese joven? No respondes. ¿Y si yo te dijese: «Él ó yo; decidete por uno ó por otro,» ¿á quién sacrificarías?

—¡Oh, cielos, qué terrible alternativa! exclamó la joven palideciendo.

—¿Qué decides?

—Lloraría, lloraría mucho, y sucumbiría quizás, respondió Elena. ¿Pero perderla á usted? No, antes renunciaría á Federico, le olvidaría ó lo intentaría al ménos, para poder descansar en vuestro seno hasta el fin de mi vida.

Y diciendo estas palabras, echó sus brazos al cuello de la viuda, de cuyos ojos brotaron algunas lágrimas.

Cuando su emoción se hubo calmado un poco, Elena miró con atención singular el rostro de su aya, y dijo:

—¡Todavía es usted joven, Marta! Es usted aún bastante hermosa. ¿No ha querido usted nunca?

—¿Por qué me haces esa pregunta? murmuró la viuda admirada.

—Porque, según veo, teme usted ó aborrece el amor.

—No, mi buena Elena, tú te engañas. Ahora estoy cierta de que seguirías mis consejos, siquiera esta sumisión te costase un gran sacrificio, y ya no tengo miedo de tu cariño á Federico Bergmans. Sí, yo he sido joven, y he amado como tú.

—¡Ah! ¿Usted ha querido también? Dígame usted, dígame usted cómo era el objeto de su predilección. Hermoso, sin duda, bueno, noble y activo.

—Podría enseñártelo, Elena.

—¿Cómo? ¿qué quiere usted decir? No la comprendo á usted.

La viuda dijo, recobrando su aspecto grave:

—Elena, piénsalo bien; todo lo que yo te digo, todo lo que pasa entre nosotras, debe ignorarse para siempre. La menor indiscreción de tu parte sería causa de que me despidiesen de Orsdael.

—No tema usted nada, respondió la joven con un gesto enérgico; ni el tormento mismo sería capaz de arrancarme una confesión.

—Lo sé, mi querida Elena; lo has probado ya, y tu fuerza de voluntad me ha llenado de admiración.

Y así diciendo, sacó de su seno el reloj, separó la cadena del medallón de oro, abrió éste, y lo enseñó a la joven, diciendo:

—Mira, ese es el hombre que yo he querido.

Elena tomó el medallón con visible interés, lo examinó con aire de admiración, se frotó los ojos como si dudase de la claridad de su vista, y dijo:

—¿Un militar? ¿un oficial con bordados de oro en su uniforme, con una cruz de honor en el pecho? ¡Oh! ¡qué noble fisonomía, qué elevada frente, qué sonrisa altiva y dulce al mismo tiempo! ¡Cuánto debe usted haberle querido!

—Sí, hija mía, más de lo que yo podría explicarte; con tanto ardor como yo te quiero.

—Pero... pero... murmuró la joven con los ojos fijos en el retrato, ¿es una ilusión de mis sentidos? Si Dios hubiese tenido a bien darme un hermano, ese hermano habría tenido las mismas facciones, y se asemejaría a este retrato. Sus facciones son ciertamente cien veces más hermosas que las mías, y no obstante, mi espejo me muestra cierto parecido con ese noble semblante varonil. ¿Qué era, Marta? ¿Vive aún? ¿Sigue queriéndola a usted?

Marta estaba profundamente conmovida, y tuvo que violentarse para no descubrir su agitación cuando recibió el retrato de manos de la joven.

—Vamos, Elena, dijo la viuda; es preciso que yo esconda este retrato; ya volverás a verlo; pero entre tanto, debes saber que tengo que dejar sin respuesta, bien a pesar mío, muchas de tus preguntas. Nos queda algún tiempo aún, y tengo vivos deseos de contarte mi historia. De este modo sabrás quién es el hombre cuyo retrato acabas de ver.

—¡Ah! una historia, exclamó la joven. Há mas de siete años que no he oído contar ninguna; ¡y me gustan tanto!

—Esta es una narración admirable y conmovedora; pero no debes interrumpirme, y espero que sabrás estar quieto. Vamos, acerca una silla y escucha.

Cuando Elena estuvo sentada, con los ojos desmesuradamente abiertos, el aya comenzó de esta manera:

—Érase un oficial, un capitán de húsares, que servía en el ejército francés, aunque natural de Bruselas; pero en aquel tiempo, nuestra patria formaba parte del imperio francés. El capitán era un valiente; había servido a Napoleón en un sinnúmero de batallas; así es que estaba cubierto de heridas, y la cruz de honor brillaba en su pecho. Había quedado viudo con una hija única, que puso bajo la vigilancia de una anciana parienta. Contiguo a la casa de esta parienta vivía un negociante que tenía un hijo de corta edad. Los dos niños acostumbraban a jugar juntos, y un recíproco afecto creció en sus corazones, y se transformó insensiblemente en un sentimiento más profundo y arraigado. Los niños habían traspasado la línea que separa la infancia de la pubertad; y la tía, que era mujer prudente, escribió al padre que haría bien en colocar a su hija en un colegio de Francia para completar su educación. El capitán, que sólo estimaba a las personas de su profesión, alarmóse a la sola idea de que su hija pudiera sentir la inclinación más leve hacia el hijo de un simple negociante, y dió orden inmediatamente para que mandasen a su hija a un colegio de renombre. Triste momento fué aquel en que los dos jóvenes se dieron un adiós que, según todas las probabilidades, había de ser eterno. Estaba la doncella abatida por el pesar; pero el joven, sublevándose contra la adversa suerte, exclamó que se haría digno de su amada y que sabría obtenerla a pesar de todos los obstáculos. Poseía el joven un corazón intrépido y generoso. Se despidió, pues, de sus padres, y saliendo de la ciudad natal, fué a alistarse como simple húsar en el mismo regimiento donde el padre de Marta mandaba un escuadrón.

—¡El padre de Marta! interrumpió Elena. ¡Cómo! ¿aquella joven era usted?

—Puesto que lo has adivinado... murmuró la viuda moviendo la cabeza.

—¿Y aquel valiente joven?...

—Es el que yo he querido, el que has visto en ese retrato.

—¡Ah! cómo me palpita el corazón! ¿Y llegó a oficial?

—Déjame que continúe, Elena; y por más que en mi relato haya algo que te admire, no hables tan alto, hija mía. Héctor...

—¿Héctor! ¿Se llama Héctor?

—Sí, ese era su nombre. En aquel tiempo, Elena, la sangre de los valientes corría por todos los campos de Europa, y el que tenía valor y osaba afrontar la muerte con mirada serena, podía recorrer rápidamente el camino del honor y de la fama. Esto no obstante, Héctor, a causa de su extremada juventud, ascendía con dificultad, por lo que no perdonaba ocasión de distinguirse, tomando parte en las refriegas más encarnizadas, hasta que al fin fué nombrado sargento, porque él sólo había osado llevar un despacho importante atravesando un ejército enemigo. Todos conocían ya al joven húsar, hermoso como una doncella y valiente como un héroe de la antigüedad. Yo ignoraba todo esto, y sólo sabía que Héctor se había hecho soldado para alcanzarme, y que podía confiar en su palabra. En el fondo del colegio, en medio de mis estudios, su imagen estaba siempre presente a mi vista, y soñaba yo con las hazañas que por mí estaba realizando y con el amor que debía conservarme. Esto no obstante, las dudas me asaltaron al cabo de algunos meses, é ignorando lo que había sido de él, fui presa poco a poco de profunda melancolía. En este tiempo, el regi-

miento de húsares fué destinado a París. Mi padre venía a verme casi todos los días, y se paseaba conmigo, no sin una especie de orgullo; pues a la sazón, mi querida Elena, era yo verdaderamente una bella y elegante señorita. Mi padre, soldado hasta el fanatismo, me refería sin cesar las campañas en que había tomado parte y las proezas realizadas por su regimiento. Me hablaba a menudo de un joven húsar, a quien llamaban *el león sin melena*, haciendo una alusión a su rostro todavía imberbe; y como se expresaba con tan caluroso entusiasmo siempre que se trataba de este brillante héroe, yo le pregunté si quería llevarme un día a la parada para enseñarme *el león sin melena*. —Hay un medio más fácil, me dijo, de satisfacer tu curiosidad. Yo debo mañana hacerte un regalo de algunas cuantas varas de encaje. Pues bien; tomaré por mensajero al *león sin melena*, y te lo enviaré al colegio. —Al día siguiente por la mañana, me paseaba yo por el jardín con mis amigas, pensando en la bondad de mi padre querido y en la suerte que había tocado al pobre Héctor, cuando vinieron a decirme que un sargento de húsares me aguardaba en el locutorio con un encargo de mi padre. Corrí al locutorio llena de alegría, y además algo curiosa, debo confesarlo, por ver al heróico joven... Mas apenas hube puesto los pies en la estancia, cuando un grito de sorpresa se escapó de mi pecho, y tuve que sujetarme a la puerta para no caer.

«El *león sin melena* era Héctor, mi querido Héctor, que había renunciado a su familia y a su patria, y arriesgado la vida por mí. Héctor no se hallaba ménos conmovido que yo; sus mejillas estaban pálidas, y una lágrima brillaba en sus ojos; pero se puso un dedo delante de la boca, y juntó las dos manos para suplicarme que fuese prudente. Yo no pude dominar por completo mi agitación, y se me escaparon estas palabras envueltas en un suspiro: «¡Ah! ¡Dios sea alabado, Héctor; por fin vuelvo a verle!» A esta exclamación, vuelto en sí, contestó con voz conmovida, pero grave: «Marta, yo soy soldado; mi capitán es vuestro padre; no soy todavía digna de usted; pero si la muerte no me detiene en mi camino, lo seré dentro de poco; esté usted segura de ello. Yo no le pregunto a usted si piensa algunas veces en el amigo de su infancia. La convicción de que no le ha olvidado usted, le hará capaz de milagros. Aquí tiene usted el regalo de su padre. La he visto a usted, y esto me basta...» Yo alargué las manos y quise retenerlo; pero dominado por el sentimiento del deber, Héctor no atendió a mi súplica, y dijo: «Señorita Marta, yo compraré la espada de oficial con mi sangre, y entonces me echaré a los pies de su padre de usted, y le pediré la recompensa de mi adhesión a su persona y de mi amor por su hija. Que la esperanza la sostenga a usted, como a mí me sostiene.» Y así diciendo, se retiró haciéndome un saludo ceremonioso. Yo articulé estas palabras, temblando de alegría y admiración: «¡Animo, ánimo, Héctor!»

—¿Y le dijo usted aquel mismo día a su padre quién era el *león sin melena*? preguntó Elena con una curiosidad febril.

—No.

—¿No le dijo usted que le amaba? ¿Y por qué?

—Hay circunstancias en la vida en que callarse y aguardar son los únicos medios de evitar mayores males. ¿No estamos nosotros dos en una situación análoga? Si tú revelases a la condesa y a Matys el cariño que nos profesamos, ¿no equivaldría a acarrearlos voluntariamente incalculables desgracias?

—Si, si, tiene usted razón, respondió la joven. Callarse, callarse hasta en el tormento...

—Vamos, no me interrumpas, replicó el aya. Va haciéndose tarde, y me faltará tiempo para referirte hoy el resto de la historia.

«Vi a Héctor otras dos ó tres veces desde lejos entre los demás húsares, montado en un hermoso caballo negro, inmóvil y con la cabeza erguida. Tenía los ojos fijos en mí, yo lo veía bien; pero ni una señal, ni el más leve movimiento, daba a entender que me conociese. El regimiento de mi padre no estuvo mucho tiempo en París; se partió para Alemania, y después más lejos, mucho más lejos, hasta Rusia ¡ay triste!

«En esta guerra de Rusia, los franceses fueron cruelmente castigados con terribles calamidades: el fuego, el hambre y el frío, y tuvieron que emprender la retirada hacia Francia. ¡Cuántos millares de valientes quedaron enterrados en la nieve, diezmados por el implacable invierno y por un enemigo no ménos implacable! Dióse por entonces en Leipzig una espantosa batalla, en que casi todo el ejército francés fué destruido. Los húsares debían cubrir la retirada del ejército, y combatiendo siempre, hacer frente a los vencedores. En un ataque, el caballo que mi padre montaba fué muerto por una bala de cañón, y mi padre cercado y hecho prisionero por el enemigo. El regimiento, rechazado bruscamente, no podía socorrer a su comandante; pero estaba allí Héctor, que reunió unos treinta húsares de los más intrépidos, y todos juraron salvar a su jefe ó no sobrevivir a aquella fatal jornada. Arrojáronse, en efecto, con ciega furia sobre los batallones enemigos; rompieron sus filas, cual torrente impetuoso, y a costa de un río de sangre mi padre fué libertado; de los treinta héroes que le sacaron de manos del enemigo, veintidos habían pagado con sus vidas aquel golpe temerario. Al día siguiente, el general tuvo conocimiento de tan admirable hazaña, y mi Héctor fué nombrado teniente. Mi padre mismo le ciñó la espada de oficial. Y un día que en un rincón del colegio leía yo sollozando las terribles noticias que habían llegado del Gran Ejército, me trajeron dos cartas, ambas a dos con el sello de Alemania. Una de ellas contenía la narración de la heroica hazaña de Héctor en Leipzig, y la otra era el consentimiento de mi padre a mi matrimonio con su generoso salvador.

—¡Ah! ¡Alabado sea Dios! exclamó la joven. Y entonces volvería, ¿no es verdad? ¿y el sacerdote bendijo vuestra unión?

—No inmediatamente, mi querida Elena. La guerra duró cuatro meses todavía con una furia creciente, hasta que Napoleón abdicó el imperio y fué a habitar la isla de Elba... En Bruselas fué, hija mía, donde Héctor me condujo al altar. ¡Qué orgullosa estaba yo cuando salí de la iglesia de Santa Gudula del brazo del héroe que había salvado a mi padre, que había derramado su sangre por mi amor!... La paz parecía asegurada; yo vivía entre mi padre y mi querido Héctor, como en un paraíso, cuando, de repente, me gritó resonó de uno a otro confín de Europa, llamando de nuevo todos los pueblos a las armas. Napoleón se había escapado de la isla de Elba. Mi padre y mi marido marcharon a Waterloo como oficiales del octavo regimiento de húsares. ¡Waterloo!...

—Vamos, Marta; ¿por qué se para usted de repente? Prosiga usted, se lo suplico, dijo Elena. ¿Palidece usted, vacila usted?

—Sí, hija mía, reúno mis fuerzas. Ármate tú también de valor: Waterloo es una llanura que ha bebido la sangre de cien mil hombres, un inmenso sepulcro donde se halla sepultada toda una pléyada de héroes, y que devoró ¡ay de mí! cuanto yo quería en el mundo.

—¿Héctor, su marido de usted? ¿Qué horrible desgracia!

—Cálmate, hija mía; deseo concluir pronto esta historia. Mi padre fué muerto por un casco de granada, y mi esposo, mi Héctor, llegó hasta la noche incólume y batiéndose como un verdadero león; pero al cerrar la noche, una bala de cañón le rompió la pierna por encima de la rodilla, y cayó sin sentido sobre los cadáveres de sus hermanos. Indudablemente habría sucumbido allí, estenuado por la pérdida de sangre, atormentado por la sed y aterido de frío, a no ser por una mujer intrépida y generosa, que veló como un ángel al lado del oficial herido. Era la cantinera de su compañía, que vive aún y que un día yo te daré a conocer. Esta mujer valerosa vendió lo mejor que pudo la espantosa herida de mi pobre Héctor, humedeciéndole constantemente sus labios y le sostuvo así la vida hasta el día siguiente, en que pudo ser transportado a una ambulancia. Una semana después fué trasladado a Bruselas y confiado a la ternura de su mujer desconsolada. Pasé noches enteras sentada a la cabecera de su lecho, con los ojos sin cesar inundados de lágrimas é infundiéndole sin embargo esperanza, a que yo misma no osaba dar crédito. Su herida, en vez de curar, empeoraba de día en día, hasta que llegó uno funesto, en que dejando caer suavemente su cabeza sobre mi brazo, espiró murmurando mi nombre.

Seguí a esta triste narración un prolongado silencio. La joven lloraba; la viuda miraba vagamente al espacio, pero ni una lágrima oscurecía su vista.

Elena fué la primera que interrumpió aquel silencio de muerte; saliendo de su profunda emoción, dió un grito de sorpresa é interrogó con la vista a su aya, cuyos ojos permanecían secos ante un recuerdo tan desgarrador.

—Las lágrimas que yo derramo caen gota a gota hasta el fondo de mi corazón, dijo Marta. No me atrevo a llorar de otro modo. La hora del almuerzo se acerca; podrían llamarme, y me pedirían cuenta de mi dolor... Precisamente oigo la campanilla... Destrenza pronto tus cabellos y dame las cintas y el fichú. No olvides que a los ojos de todo el mundo debes seguir siendo lo que eras antes de mi llegada a Orsdahl.

Esto diciendo, salió de la estancia y bajó precipitadamente. Era la condesa que la había llamado.

Cuando entró en la sala, la señora de Bruinsteen la dijo con acento de cólera y despecho:

—Hoy no podrá usted pasearse con la loca... Parece que esto la disgusta. Pues bien, no puede ser de otro modo. Han venido a anunciarme que habían visto vagar a Federico Bergmans por el bosque de Orsdahl.

—Pero ¿no estaba enfermo en Bruselas? objetó la viuda.

—Esa enfermedad era probablemente una invención para adormecer nuestra vigilancia. Mas no lo logrará fácilmente; pues he enviado al guardabosque para que le siga como una sombra. Ya comprenderá usted, Marta, que yo no le proporcionaré la ocasión de ver a mi hija, de hacerle señas y dirigirle la palabra quizás. Así pues, no saldrán ustedes del castillo; que le desagrade a usted ó no, ese es mi deseo.

—Yo me someto con el más profundo respeto a su voluntad, señora. Usted tiene mucha razón; y si le parezco a usted triste, es porque pienso en la temeridad de ese Federico. Si yo pudiese hallar una ocasión de hablarle a solas, estoy segura de que renunciaría a toda esperanza y abandonaría pronto sus pesquisas.

—¿Lo cree usted así?

—Estoy de ello convencido, señora, a no ser que haya perdido el juicio y todo sentimiento de honor.

—¿Y qué haría usted para conseguirlo?

—Le pondría de manifiesto el horror de su conducta, y le haría comprender que si pudiese lograr su objeto, sería desgraciado toda su vida. Le hablaría tan mal de Elena, de su débil razón, de su obstinación y de su carácter indescifrable, que renunciaría voluntariamente a sus proyectos insensatos. Sabría, finalmente, inspirarle una decidida aversión por Elena.

—En efecto, usted es elocuente y tiene experiencia. ¿Por qué no se hace usted la encontradiza con él en el parque ó en el bosque?

—Sin permiso de usted, señora, no me atrevería.

—Con tal de que sea en mi servicio... Pero veo venir al guardabosque. Él nos dirá dónde está el rondador.

El guardabosque llamó a la puerta de la sala, y dijo:

—Señora, la persona que le ha traído á usted la noticia de la aparición de Federico Bergmans, se ha engañado. Es el joven de Stolberg, que se pasea por el bosque buscando plantas.

—Está bien, Andrés; di que te den de mi parte un vaso de cerveza en la cocina.—Tanto mejor, Marta; así podrá usted pasearse con la loca por el jardín. Tenga usted cuidado, no obstante; poco me importa que vean á Elena, ó más bien, lo deseo; pero no debe usted consentir de ningún modo que le dirijan la palabra. No le hable usted tampoco, á no ser para reconvenirla, si no se porta con modestia y recogimiento. Vigílela usted siempre y no descuide usted ni un instante el cumplimiento de nuestro deber, pues exijo que mis órdenes sean ejecutadas, y no dejaré de cerciorarme por mis propios ojos. En cuanto á Federico, si no le vemos más por aquí, tanto mejor; pero si vuelve, ya pensaremos en la idea que usted me acaba de manifestar. Váyase usted, pues, y pásese un par de horas por el jardín con la loca.

Marta se inclinó profundamente, y salió.

XVIII.

Más de dos meses habían transcurrido desde que Marta fue recibida como aya de la señorita de Bruinsteen. Á pesar de todos sus esfuerzos, no había podido descubrir nada aún del misterio que envolvía la existencia de la joven.

Permanecía algunas veces horas enteras sentada en su habitación, con la cabeza entre las manos y dando tortura á su entendimiento para descubrir siquiera un rayo de luz. Invocaba el alma bienaventurada de su esposo, invocaba la misericordia divina; pero todo en vano, pues pasaban los días, uno tras otro, sin que se acercara siquiera á su objeto.

La condesa aprovechaba la más insignificante ocasión para abrumarla con amargos sarcasmos y crueles insultos; pero la desventurada madre debía sufrirlo todo sin exhalar ni una queja, disimulando siempre y acariciando la mano que la golpeaba.

La única esperanza que le quedaba de descubrir el secreto consistía, pues, en Matys; pero las pruebas de cariño que éste le daba le eran cada vez más odiosas. Había logrado, no obstante, esconder la repugnancia que éste le inspiraba, hasta que un suceso imprevisto vino á quitarle la fuerza de disimular por más tiempo su aversión. Interrogada delante de Matys sobre la conducta de la señorita, había dicho que Elena le manifestaba siempre un profundo desprecio, y que las más de las veces se negaba á responder á sus preguntas ó á obedecer á sus órdenes.

El intendente, creyendo sin duda agrada, fué al cuarto de la infeliz reclusa durante su ausencia, y aplicó á la joven un bofetón tan violento, que ésta conservó en la mejilla muchos días después la señal de tan cobarde y cruel acción.

Desde entonces, la viuda no pudo ver, sin estremecerse de horror y de cólera, al verdugo de su hija. A pesar de los esfuerzos que hizo para encubrir con una máscara de afabilidad la indignación que la devoraba, negábase su boca á pronunciar palabras de mentida dulzura, y su acento, al hablar con Matys, fué tomando involuntariamente una acritud cada día más pronunciada.

Semejante situación entre dos amos que la amenazaban, el uno con su amor y la otra con su odio, estaba erizada de dificultades y peligros. En ninguna parte podía disfrutar Marta un instante de seguridad ni de reposo; pues Matys la perseguía por do quiera con sus demostraciones de cariño, en tanto que la condesa la espiaba sin cesar, para sorprenderla en conversación con el intendente ó en falta con su hija.

Tan sólo durante la noche y por las mañanas, mientras que sus amos dormían, Marta podía disfrutar libremente de la felicidad de estar junto á su hija amada, de besarla y colmarla de caricias. Las dos, madre é hija, eran dichosas y olvidaban el mundo exterior cuando estaban juntas, y podían mirarse con el ardiente cariño que enlazaba sus almas; mas cuando llegaba la hora de la separación y cada una de ellas se veía entregada á sus pensamientos, la pena las envolvía poco á poco como un velo sombrío, y se abismaban aisladamente en esos sueños de amargura infinita.

Atormentaba sobre todo á Marta el temor de no encontrar un medio á propósito para hacer valer su derecho de madre, y de veros despedida de Orsdael sin haber llegado á descubrir el fatal secreto.

Elena lloraba en silencio, porque no oía hablar de Federico, lo cual le hacía creer que el cariño del joven no era sincero, y que la había olvidado y abandonado á su triste suerte, sin acordarse ya de la amiga de la infancia.

La viuda, que al principio había combatido la inclinación de su hija como un peligro para su dicha futura, se había vuelto más indulgente al ver la aflicción de Elena, y trataba de disipar, con palabras consoladoras, sus dudas y su intenso dolor. Conocía el motivo de la prolongada ausencia y del silencio de Federico, pues sabía que éste se hallaba enfermo en Bruselas y aún en peligro de muerte; mas no osaba revelar á su hija tanta dolorosa circunstancia.

Una mañana, hallábanse Marta y Elena en el jardín del castillo. La joven estaba sentada en un banco, con la cabeza inclinada y los ojos fijos en tierra. El aya no la miraba.

(Se concluirá.)

PALIDECES.

I.

¿Dó naciste?—No lo sé.
¿Puedes saberlo?—No puedo.
¿A qué aspiras?—A estar quedo.
¿Te falta algo?—Sí, la fé.
¿Cómo, di, te llamas?—Miedo.

II.

¿Te dió el ser?—La ruindad.
¿Naciste?—En altivo pecho.
¿Quién te engendró?—Una verdad.
¿Te falta?—Tranquilidad.
¿Cómo te llamas?—Despecho.

GEROGLÍFICO.



La solución en uno de los números próximos.

Á NUESTRAS SUSCRITORAS.

La Empresa de **La Moda Elegante Ilustrada** viene consignando hace tres meses en las columnas de este periódico los infinitos obstáculos con que lucha en su publicación, y los esfuerzos extraordinarios que emplea para proseguirla del modo que exigen y merecen las damas que desde hace tantos años la honran con sus favores. La lucha terrible que estalló en Agosto entre Francia y Prusia, las dos naciones precisamente de que **La Moda** se servía para los principales elementos de su existencia, tiene paralizada toda comunicación, suspensa toda industria, abatido todo arte, anulados, en fin, esos elementos, hasta el punto que pueden presumir nuestras amables suscriptoras en vista de los sucesos que llegan á su noticia.

La Empresa, sin embargo, se ha compuesto de modo, que lejos de amenguar el mérito de la publicación, cree haberlo aumentado en muchas de sus partes (pues á tanto la obliga su interés y su honra); pero no le ha sido posible, á costa de ningún sacrificio, continuar dando los preciosos figurines iluminados que constituían su más bella especialidad: estos figurines se imaginaban y confeccionaban únicamente en París, y París ha dejado de ser, por ahora, centro productor de otra cosa que de desdichas. Quizá esté cercano el día de la terminación de la crisis, y con él cesen también nuestros afanes y nuestros dispendios; pero mientras esto no suceda, **La Moda Elegante** habrá de resentirse de la guerra, como por desgracia se resiente todo el mundo.

Los figurines, pues, que principiarán á repartirse con el próximo número, elaborados en España unos y en Bélgica otros por nuestra personal iniciativa, son una muestra de lo que trabajamos por complacer á las damas; pero se hallan muy distantes de constituir un objeto de nuestro agrado. Los repartimos para acallar el deseo de las más exigentes, y porque se vea que hemos agotado los medios de corresponder al favor público. El día que París vuelva á la vida de la industria, indemnizaremos ámpliamente á las señoras suscriptoras; porque París, vencedor ó vencido por las armas de la guerra, es y será el centro del buen gusto, con preferencia á todos los que se lo disputan, y volverá á ser por consiguiente el arsenal donde vaya á buscar las armas de lo bello la Empresa de **La Moda Elegante Ilustrada**.

III.

¿Tú naciste?—En triste día.
¿Te dió el ser?—Dolor cruento.
¿Quién te ofende?—La alegría.
¿Y quién te ama?—El sufrimiento.
¿Te llamas?—Melancolía.

IV.

¿Naciste?—De una pasión.
¿Viviste?—En un corazón.
¿Viste placeres?—Los vi.
¿Fuiste bella?—No lo fui.
¿Te llamas?—Demacración.

V.

Tú, ¿qué buscas?—Otra suerte.
¿Para tí?—Para el humano.
¿Eres fuerte?—Sí, muy fuerte.
¿Llevas armas?—En mi mano.
¿Entonces eres...!—La muerte!

JOSÉ MARÍA DE JAUREGUIZAR.

Cádiz...

CORRESPONDENCIA.

Madrid 20 de Diciembre de 1870.

C. G., Santander.—Enviadas las muestras directamente: sírvase decir si las recibe.

Poner un poco de romero á hervir en vino blanco y peinarse con él; me parece que será suficiente para lo que desea.

F. B. de R.—Es más de moda y de mejor gusto poner *portiers*, aunque el cortinaje de los balcones sea de muselina, más aún en la estación de invierno.

S. C., Habana.—Para la tela que me indica en su atenta carta, creo á propósito el modelo 10 del núm. 44 de *La Moda*, tal y como está, sin variar nada, únicamente la tela del paletó; pues siendo para el clima de América demasiado pesada, podrán hacerle de glase ó gro, sea del mismo color del vestido, sea azul oscuro, con la pasamanería negra: es un traje muy lindo para niña.

El vestido para comida de etiqueta, y para reunión despues, la aconsejamos sea de seda color perla ó flor de romero, con anchos bullones de tarlatana blanca, y al borde de ellos un encaje blanco ó negro. En el corpiño descotado van cuatro aldetas largas abiertas y cortadas en puntas, guardadas lo mismo que el vestido. El peinado muy caído, y mezcladas entre el cabello perlas y flores.

D. M. S., Sanlúcar de Barrameda.—El reps me parece bien para traje de casa, y los colores aplomado, granate ó azul, los más en moda para ese objeto. Debe adornarse con felpa negra y hacerle túnica, la cual bajará un poco más de la mitad de la falda, cerrándola con botones y bordeándola con felpa, así como las mangas, que serán anchas, y el adorno figurará solapas en el pecho.

No hay inconveniente en suprimir el chaleco del paletó *Maria*; pero me parece mejor hacerlo tal cual está en el modelo, ó en su lugar escoger otro; por ejemplo, el *Luna* ó el *Beatriz*, ambos muy elegantes.

H. B., Oviedo.—Si el paño no tiene más que vara y cuarta de ancho, en ese caso necesita cuatro varas para la túnica, con manga ancha. La clase no es muy fuerte, por lo cual debe forrarse el cuerpo hasta la cintura y la manga, sea con tela escocesa, ó bien con lana de color.

El raso es el mejor adorno y un buen fleco al borde.

Los chalecos son de última moda. F. R., Torrelavega.—En las mesas que son verdaderamente de despacho ó de escritorio, no se pone tapete alguno; pues como tienen galería de la misma madera, no estaría bien. La cubierta de *crochet*, si es de algodón, no es muy á propósito para el velador de un gabinete-despacho, y sería mejor un bonito tapete de paño azul, grana ó verde, bordado con torzal negro, formándole una cenefa y una encomienda en el centro, cuyo dibujo podrá, si gusta, enviarle.

También puede hacerse de punto tunecino con estambre azul y negro, grana y negro, ó castaño y negro, labrando el dibujo y no bordándolo. Si no son personas de etiqueta, puede servirse el refresco en el comedor, adornando la mesa con un ramo de flores en el centro, las bandejas con los dulces y las dulceras de cristal para el dulce de almíbar.

LA BARONESA DE WILSON.

MADRID.—IMP. DE T. FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, 29.